

tranquilo y responder como si nada».

Pero este científico no presta únicamente atención al sentido del tacto y a su papel en la percepción del dolor. «Tenemos un sexto sentido que la mayoría desconoce y que paradójicamente es el más importante». El Nobel se refiere a la propiocepción, algo así como la capacidad de nuestro cerebro de saber en cada momento la ubicación de las diferentes partes del

“Tenemos un sexto sentido que la mayoría desconoce y que es el más importante”

cuerpo. «Gracias a este sexto sentido, podemos cerrar los ojos y tocarnos la nariz», cuenta. «El motivo por el que muchas personas desconocen esto es que, a diferencia de otros sentidos, el de la propiocepción no lo puedes apagar».

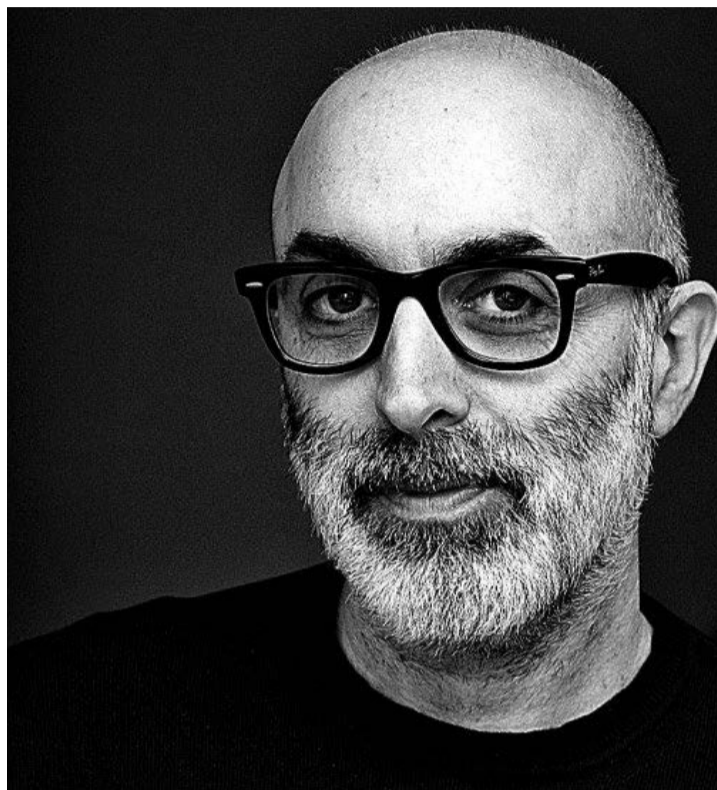
Si cerramos los ojos, somos capaces de imaginar un mundo sin ver nada. Si estamos en silencio, podemos recrear un sonido. «Con la propiocepción no lo podemos hacer, ya que la damos por sentada». Este sexto sentido es tan fundamental que las labores más cotidianas se volverían imposibles si careciéramos de él. «No podríamos ni ponernos de pie y caminar», relata.

Fuera del laboratorio, hay un tema que preocupa —y mucho— a Patapoutian: la desinformación. «La gente confía cada vez menos en la ciencia, a pesar de que venimos de una pandemia donde el trabajo conjunto de los científicos permitió secuenciar el virus en pocas semanas y crear una vacuna. La contribución de la ciencia fue enorme y, sin embargo, la desinformación es más abundante». El Nobel alerta del auge de una corriente negacionista —contra la efectividad de las vacunas, contra la evidencia del cambio climático...— y pone sobre la mesa la que para él es la única solución: «El mejor remedio contra la desinformación es la educación. No conozco a nadie con una buena educación que crea a los negacionistas». Por ejemplo, «la gente sale del colegio sin saber estadística».

¿Y por qué estadística? «Porque la desinformación hay que enfrentarla con datos». Si mi abuelo fumó toda la vida pero no tuvo cáncer de pulmón, no pasará nada por fumar. «Eso no es aplicar bien la lógica», sostiene. «Lo que hay que decir es que los ensayos clínicos muestran que hay una relación muy elevada entre el tabaquismo y el cáncer. Es una cuestión de estadística y, si la gente lo entendiera, habría menos desinformación».

En su caso, la educación fue lo que le salvó y le brindó una nueva vida.

Eduardo Halfon, narrador guatemalteco, autor de 'Tarántula'.
F. FERRANTI



EDUARDO HALFON “QUISE DEJAR EL JUDAÍSMO, PERO NO ME DEJABAN”

Literatura. La novela 'Tarántula' entrelaza los temas clásicos del escritor, el del judío errante y el del guatemalteco errante, y los mezcla con el terror de campamento de verano. “El miedo funciona al enseñar la daga y no usarla todavía”

Por **Luis Alemany** (Madrid)

No es un poco raro que haya tantos libros de Eduardo Halfon narrados a partir de las historias del niño Eduardo Halfon y que nunca nadie haya publicado fotos de aquel crío guatemalteco en los años 70 y 80? «¿No hay ninguna publicada? Le mando ahora mismo una fotografía mía de niño y me

cultivar el equívoco. Haré todo lo que esté en mi poder para hacerles creer en esta historia», dice Halfon desde Berlín, la ciudad en la que vive desde hace tres años. ¿Era un niño guapo? «Tenía pelo. Mi esposa dice que qué bueno que lo perdiera porque era un pelaje más que un pelo. El guapo era mi hermano, lo sigue siendo».

El niño Eduardo Halfon y su

hermano aparecen en el centro de la recién publicada *Tarántula* (Libros del Asteroide), en una escena insólita. Un campamento de verano absurdo acoge a niños judíos de toda Centroamérica en la misma selva en la que se libra la guerra civil de Guatemala. Halfon y su hermano están ahí y hacen las cosas que se hacen en los campamentos de

verano. Aprenden a encender fuego con unos palitos, marchan por el bosque y se enamoran por primera vez, mientras se les anima a vivir «como judíos entre judíos». Entonces, un monstruo aterrador viene a verlos. «¿Vio venir la escena del

terror?», pregunta Halfon. No, la verdad es que no.

De modo que hay un momento único en *Tarántula* en el que Halfon, narrador minimalista y obsesivo, cómico a su manera y con tendencia a la evocación, se parece a Stephen King. «Hay tres momentos narrativos en esta novela: el recuerdo del campamento, el encuentro en París entre dos supervivientes ya de adultos y la búsqueda en Berlín del monitor del campamento. En el borrador inicial del libro yo tenía los tres relatos separados pero descubrí que el efecto Stephen King, el suspense y el terror lo lograba intercalando las partes. Descubrí que el miedo depende de esperar, de mostrar la daga pero no usarla todavía».

Y la daga de *Tarántula*, por supuesto, tiene que ver con ese vivir «como judíos entre judíos». ¿En qué es diferente ser judío a ser navarro u ortodoxo o tener cualquier otra identidad? «La palabra miedo es importante para responder a esa pregunta. El miedo que se vuelve paranoia y, a veces, odio. Hay una razón histórica para ese miedo, una tradición de agresiones desde la época bíblica. El pueblo judío está marcado por la persecución y eso ha generado el miedo al otro. Qué quieren, qué nos van a hacer... También ha generado un tipo de unión, un sentido de de gueto, a falta de otra palabra. 'Unámonos para protegernos'. Entrar en su comunidad es difícil; salir es muy difícil. Yo me quise ir y no me dejaban, todo el mundo me venía a ver, a decirme que qué me pasaba. Y aquí sigo aunque sea a través de la literatura. Estoy casado con una riojana católica, mi hijo no sabe nada de todo esto de ser judío. Pero, a la hora de contarme, lo soterrado, sale siempre».

¿Quiere decir Halfon algo sobre la guerra en Gaza? «Siento una tristeza insondable, tanto al recordar el horroroso asesinato y secuestro de centenares de judíos el 7 de octubre, como al seguir mirando la respuesta militar desmedida e inhumana del Gobierno israelí contra el pueblo palestino, como también al notar ahora que esa respuesta ha dado paso a que el antisemitismo, ese odio tan antiguo que conozco bien y del que tanto he escrito, vaya creciendo y propagándose por el mundo. Hay una cita de James Baldwin: 'El odio, que tanto puede destruir nunca deja de destruir también al hombre que odia'».

Tarántula es diferente pero también se parece a las narraciones de Halfon de siempre. El tema del judío errante se entrelaza con el del guatemalteco errante. Aparece el abuelo judío libanés, carismático y colérico. Aparece el niño Eduardo y aparece la Ciudad de Guatemala como un espacio de bienestar claustrofóbico al que acechan la selva y la guerra. En una escena de la novela, antes del campamento, los hermanos Halfon juegan al béisbol. De pronto, aparecen unos helicópteros militares que aterrizan detrás de unos árboles y no hace falta explicar más de lo que ocurre, porque eso sería como utilizar la daga. «De Guatemala siempre he escrito desde la distancia. Mi familia llegó y se fue, yo apenas tuve noticia de la guerra porque nos marchamos a Estados Unidos... Sólo desde la extranjería puedo escribir sobre Guatemala. Pero me es muy grato, siempre», dice Halfon.

Y continúa: «Sé que en mis libros aparecen ciertos temas, algunas pequeñas historias que llevan a pensar que son todos partes de un solo libro, que son variaciones de una misma historia. Creo que cada libro mío se sostiene por sí mismo pero hay una parte secreta de mí que quisiera hacer novelas policíacas o eróticas... Hacer libros que no requiriesen tanta explicación. No tener que preguntarme por qué escribo como escribo, por qué tengo que mezclar siempre autobiografía y ficción, por qué tengo que partir siempre de algo íntimo... Me gustaría escribir un libro con un género más claro pero no es eso en lo que estoy por ahora. Bueno, yo voy en esto sobre la marcha y puede que esta historia termine. Puede que este sea el último libro. Nunca antes me sentí así y ahora sí. No es exactamente una sensación de cierre sino una tranquilidad ante la posibilidad de que *Tarántula* sea la última historia de un ciclo. Es una sensación más plácida que angustiosa. Solo es angustiosa si me pregunto ahora que haré, en qué trabajaré. Pero respecto al proyecto literario no hay ninguna angustia. Podría cerrar el ciclo y sentirme bien».



Eduardo Halfon, a la izquierda, retratado junto a su hermano.

encantará que la pongan en el periódico si eso sirve para alimentar la ficción de que él, el niño de los libros, soy yo. Mire, yo no fumo pero el personaje Eduardo Halfon de mis libros sí. Y he llegado a hacerme fotos fumando solo para